Los vicios de la impureza

Por

San Alfonso María de Ligorio

Doctor de la Iglesia

Edición

Gonzalo W. Goméz
Matagalpa, 8 de agosto de 2026

Introducción

San Alfonso María de Ligorio (1696-1787) fue un napolitano, doctor en derecho canónico y civil, sacerdote, fundador de la Congregación del Santísimo Redentor -Redentoristas- en 1732, y Obispo de Sant'Agata dei Goti, además de un autor espiritual bastante prolífico.
Fue canonizado y luego proclamado Doctor de la Iglesia por Pío IX en 1871 por su doctrina moral y espiritual. Es el patrono de los confesores y moralistas. Su sello fue unir el rigor teológico con la misericordia pastoral.

El tratado «Los vicios de la impureza» no es una obra independiente, forma parte de dos obras mayores escritas entre 1753 y 1755:
1. «Práctica del Confesor»: Manual para la dirección espiritual y el sacramento de la Penitencia.
2. «Selva de materias predicables»: Conjunto de sermones y puntos para misiones populares.

San Alfonso lo escribió en el contexto de las misiones populares en el Reino de Nápoles. Su objetivo era formar a los sacerdotes para que supieran tratar este pecado en el confesionario, y advertir a los fieles del peligro espiritual que representaba.

Este tratado se volvió referencia obligada por 3 razones:

1. Doctrina Moral: Sistematizó la enseñanza tradicional sobre la castidad. Apoyado en la Escritura, Padres de la Iglesia y Santo Tomás de Aquino, definió con claridad la gravedad, causas, remedios y ocasiones de los pecados contra la pureza. Su moral "equitativa" evitó tanto el laxismo como el rigorismo jansenista.
2. Formación de Confesores: Por más de 200 años «Práctica del Confesor» fue texto obligatorio en seminarios. El capítulo sobre la impureza era leído y comentado porque daba criterios prácticos: qué preguntar, cómo tratar al penitente, qué remedios dar.
3. Espiritualidad Popular: San Alfonso no se quedó en teoría. Dio remedios concretos y accesibles: oración, huida de ocasiones, custodia de ojos, devoción a María y a la Eucaristía. Por eso su doctrina llegó tanto a teólogos como al pueblo.

Los grandes pontífices Pío IX y León XIII recomendaron su lectura para el clero. Hoy sigue siendo citado en manuales de teología moral y formación sacerdotal.

Para San Alfonso la impureza es «el vicio que más destruye almas» porque ataca directamente el fin del hombre. Por eso su método es radical: prevenir antes que curar. Resume todo en el procedimiento: Orar, Huir y Vigilar. Sin estos tres, decía, «es moralmente imposible conservar la castidad».

En resumen: «Los vicios de la impureza» es un tratado ascético-moral del Doctor de la Iglesia San Alfonso María de Ligorio, escrito para confesores y predicadores, que marcó la pastoral de la castidad en la Iglesia moderna por su claridad doctrinal y su realismo práctico.

Primer Punto

El engaño de aquellos que dicen que los pecados contra la pureza no son un gran mal

---

El incasto dice, por tanto, que los pecados contra la pureza no son sino un mal menor. Al igual que «...La puerca vuelve a revolcarse en el lodo» (2 Pedro 2, 22), ellos se encuentran inmersos en su propia suciedad (inmundicia), por lo que no ven la maldad de sus acciones, y por lo tanto, no sienten ni aborrecer el mal olor de sus impurezas, que produce asco y horror en todos los demás. ¿Puede usted, que dice que el vicio de la impureza no es más que un pequeño mal -yo le pregunto-, puede negar que es un pecado mortal?

Si lo niegas, eres un hereje, porque como dice San Pablo, «no erréis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas (que se echan con varones), ni ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores, poseerán el Reino de Dios» (Corintios 6, 9-10). Es un pecado mortal, no puede ser un pequeño mal. Es más pecaminoso que el robo o la detracción, o la violación del ayuno.

Entonces, ¿cómo puedes decir que no es un gran mal? ¿Tal vez es el pecado mortal que a usted le parece ser un mal menor? ¿Es un mal menor despreciar la gracia de Dios, darle la espalda a él, y perder su amistad, por un bestial placer transitorio?

Santo Tomás[1] enseña que ese es un pecado mortal, porque es un insulto hacia Dios infinito,

---

[1] Santo Tomás de Aquino (1225 - 1274) nació en Roccasecca, Italia, en una familia noble, pero desde joven su corazón eligió otro linaje: el de los hijos de Santo Domingo. Sus hermanos intentaron detenerlo y lo encerraron un año en una torre familiar. No lo lograron. Tomás quería una sola cosa: conocer a Dios. Salió de ahí para hacerse fraile dominico, y se entregó por completo al estudio, a la oración y a la enseñanza.

Era un hombre grande, callado, de pocas palabras. En clase lo apodaban "el buey mudo" porque parecía lento. Pero cuando abría la boca o tomaba la pluma, la Iglesia entera se iluminaba. Tenía una sed inmensa de verdad, y creía que esa sed venía de Dios mismo. Por eso dedicó su inteligencia a tender un puente entre la fe y la razón. Tomó lo mejor de la filosofía de Aristóteles y lo puso al servicio del Evangelio, mostrando que creer no es ir contra la razón, sino llevarla a su plenitud.

Su obra principal es la Suma Teológica. No es solo un libro, es como una catedral de pensamiento donde recorre todo: quién es Dios, quién es el hombre, cómo caímos y cómo Cristo nos levanta. La escribió para sus

que contiene cierta infinidad de malicia. «Un pecado cometido contra Dios, tiene una cierta infinitud, a causa de la infinita Majestad Divina» (Suma Teológica, I-II, q.87, a.1). ¿Es el pecado mortal un mal menor? Se trata de un mal tan grande, que si todos los ángeles y todos los santos, los apóstoles, mártires, e incluso la Madre de Dios, ofrecieran todos sus méritos para expiar un solo pecado mortal, la oblación no sería suficiente.

No porque esa reparación o satisfacción sea finita; sino que la deuda contraída por el pecado mortal es infinita, a causa de la majestad infinita de Dios, que ha sido ofendido. Dios detesta enormemente a los pecados contra la pureza más allá y sin medida. Si una mujer encuentra su plato sucio, se asquea, y no puede comer. ¿Ahora, qué repugnancia e indignación debe tener Dios, que es la pureza misma, al ver las asquerosas impurezas por las cuales su ley es violada? Él ama la pureza con un amor infinito, y en consecuencia Él detesta infinitamente la sensualidad que el hombre lascivo y voluptuoso llama un mal menor. Hasta los demonios que tenían un alto rango en el cielo antes de su caída, desprecian tentar a los hombres a los pecados de la carne. Santo Tomás dice que Lucifer, que se supone haber sido el Diablo que tentó a Jesús en el desierto, lo tentó a cometer otros pecados, pero despreció tentarlo para atentar contra la castidad (Cf. Suma Teológica, III, q.41, a.1, ad 3). ¿Es este pecado un mal menor? ¿Es entonces un mal menor el ver a un hombre dotado de un alma racional, y enriquecido con tantas gracias divinas, atreverse por medio de los pecados de impureza, a rebajarse al nivel de una bestia? «La fornicación y el placer, dice San Jerónimo[2], pervierten

---

estudiantes, con una claridad que asombra. También nos dejó la Suma contra los Gentiles, para dialogar con los que no creían, y extensos comentarios a la Biblia y a Aristóteles. Pero quizá lo más tierno que escribió fueron los himnos para el Corpus Christi: Pange Lingua, Tantum Ergo, Adoro Te Devote. Ahí se ve al teólogo arrodillado ante la Eucaristía.

La Iglesia pronto reconoció el tesoro que tenía. Fue canonizado en 1323, y siglos después San Pío V lo proclamó Doctor de la Iglesia. León XIII lo llamó "Doctor Común" y lo propuso como guía para todas las universidades católicas. En los concilios, desde Trento hasta el Vaticano II, su doctrina ha sido una luz constante. en Trento pusieron su Suma sobre el altar junto a la Biblia porque en ella se respiraba la verdad.

Murió en 1274, camino a un concilio, con solo 49 años. Casi al final de su vida, después de una visión en la Misa, había dejado de escribir y dijo que todo lo que había escrito le parecía paja comparado con lo que Dios le había mostrado.

[2] San Jerónimo (340 - 420), Padre y Doctor de la Iglesia ,Nació en Estridón, Dalmacia, en una familia cristiana acomodada. Desde joven tenía dos fuegos dentro: el amor por las letras clásicas y el amor por Cristo. Estudió retórica en Roma y se empapó de Cicerón y Virgilio, pero su corazón no encontraba paz. En un sueño vio al Señor decirle: "Eres ciceroniano, no cristiano" (Carta 22 a Eustoquio_, n. 30). Ese golpe lo cambió para siempre. Se bautizó y decidió que su pluma sería solo para Dios.

Era de genio fuerte, apasionado y a veces áspero. Le gustaba la verdad sin adornos y no tenía miedo de decirla, aunque eso le ganara enemigos. Buscó el desierto de Siria para hacer penitencia, donde vivió entre ayuno, oración y estudio del hebreo. Ahí aprendió que para amar a Dios había que conocer su Palabra en la lengua en que fue escrita. De ahí salió con una misión: darle a la Iglesia la Biblia en un latín que todo el mundo pudiera entender y rezar.

Y lo hizo. En Belén, donde se estableció por más de 30 años junto a una gruta cerca del Pesebre, se encerró con pergaminos, diccionarios y la oración. Con la ayuda de sabios judíos y de su gran amiga Santa Paula, tradujo toda la Sagrada Escritura del hebreo y del griego al latín. Ese trabajo inmenso se llamó la “Vulgata”. Durante más de mil años fue la Biblia oficial de la Iglesia de Occidente. Gracias a él, un campesino en Francia y un monje en España podían leer los mismos Salmos.

el entendimiento, y los hombres se convierten en bestias» (San Jerónimo, Carta 22 a Eustoquio, 7). En el voluptuoso (lujurioso) e incasto, se verifican literalmente, las palabras de David: «Y el hombre cuando se encontraba en honor, al no entender se compara con las bestias sin sentido, y se ha hecho como ellas» (Salmo 48,13 / Salmo 49,12). San Jerónimo dice que no hay nada más vil y degradante, que dejarse vencer por la carne. «Nihil Vilius quam vinci una carne» (San Jerónimo, Carta 22 a Eustoquio, 7 y Carta 54 a Furia, 5). ¿Es un mal menor olvidar a Dios y desterrarlo del alma, por ir tras darle al cuerpo una satisfacción vil, de la cual, cuando se ha terminado, te da vergüenza? De esto, el Señor se queja por medio del profeta Ezequiel: «Por tanto, así dice el Señor Omnipotente: "Puesto que te has olvidado de mí y me has vuelto la espalda, tendrás que sufrir las consecuencias de tu lujuria y de tus fornicaciones"» (Ezequiel 23, 35). Santo Tomás dice que por todos los vicios, pero sobre todo por el vicio de la impureza, los hombres se retiran bien lejos de Dios. «Por luxuriam maxime recedit a Deo» (Suma Teológica II-II, q.153, a.4, ad 1).

Por otra parte, los pecados de impureza, debido a su gran número, son un mal inmenso. Un blasfemo no siempre blasfema, sólo cuando está borracho, o es provocado a encolerizarse. El asesino, cuyo comercio es asesinar a otros, en la mayoría de casos no comete más de ocho o diez homicidios. Sin embargo, el incasto es culpable de un torrente incesante de pecados, por los pensamientos, por las palabras, por las miradas, por las complacencias, y tocando, de modo que, cuando van a la confesión, les resulta imposible saber el número de los pecados que han cometido contra la pureza. Incluso en su sueño, el Diablo representa para ellos objetos obscenos, que al despertar, pueden deleitarse con ellos, y porque se hacen los esclavos del enemigo, obedecen y dan consentimiento a sus sugerencias, porque es fácil adquirir el hábito de este pecado. Para los demás pecados, como la blasfemia, la maledicencia, y el asesinato, los hombres no son propensos, pero a este vicio la naturaleza les inclina. Por lo tanto, dice Santo Tomás, que no hay ningún pecador tan dispuesto a ofender a Dios, como lo es el devoto de la lujuria, en cada ocasión que se le ocurre. «Nullus ad Dei contemptum promptior» (Suma Teológica II-II, q.153, a.4, ad 3).

El pecado de impureza trae consigo el pecado de difamación, de robo, odio y la jactancia de sus asquerosas abominaciones. Además, normalmente implica la malicia del escándalo.
Otros pecados, como la blasfemia, el perjurio y el asesinato, despiertar horror en los que son testigos, pero este pecado excita a otros, que son carnales, para cometerlos, o por lo menos, para cometerlos con menos horror.

Pero Jerónimo no fue solo traductor. También escribió cartas llenas de fuego, comentarios a casi todos los profetas y Evangelios, y tratados para defender la fe. Tenía un celo enorme por la virginidad consagrada, por la vida monástica y por la pureza de la doctrina. Decía una frase que lo pinta entero: "Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo" (Introducción a su comentario del libro del profeta Isaias).

La Iglesia lo reconoció pronto como columna. Por su santidad, su ciencia y su entrega a la Palabra fue proclamado Doctor de la Iglesia. Es patrono de los biblistas, traductores y bibliotecarios.

Murió en Belén en el año 420, anciano y casi ciego de tanto leer y escribir. Lo encontraron con la pluma en la mano y los ojos puestos en los textos sagrados.

«Totum hominem, dice san Cipriano[3], agit in triumphum libidinis» (San Cipriano de Cartago, De habitu virginum, 13), «por la lujuria el Diablo triunfa sobre el hombre entero», sobre su cuerpo y sobre su alma; en su memoria, llenándola con el recuerdo de los placeres impuros, con el fin de hacerle tomar la complacencia en ellos; sobre su intelecto, para hacerlo desear ocasiones de cometer pecado; sobre la voluntad, haciendo que ame sus impurezas, como su fin último, y como si no existiera Dios.

«Yo había convenido con mis ojos no mirar con lujuria a ninguna mujer. Porque ¿qué galardón me daría Dios desde arriba?» (Job 31, 1-2). Job tuvo miedo de mirar a una virgen, porque sabía que si él accedía a un mal pensamiento, Dios no tendría parte en él. Según San Gregorio[4], de la impureza surge la ceguera del entendimiento, la destrucción, el odio hacia Dios, y se pierde la esperanza de la vida eterna (Cf. San Gregorio Magno, Moralia in Job, Libro 31, cap. 45, n. 87). San Agustín[5] dice que a pesar de que el incasto (lascivo) puede envejecer, el vicio de la impureza no envejece en él (San Agustín, Sermón 9, 11). Por lo tanto, Santo Tomás dice que no hay pecado en el que el Diablo se deleite tanto como en este pecado; porque no hay otro pecado en el cual la naturaleza se aferra con tanta tenacidad (Cf. Suma Teológica II-II, q.153, a.4, ad 2). Al vicio de la impureza se adhiere tan firmemente el apetito por los placeres carnales que se convierte en insaciable. Ahora vayan y digan que el pecado de la impureza solamente es un pequeño mal. A la hora de la muerte tú no dirás eso, todos los pecados de ese tipo entonces le mostrarán a usted un monstruo del infierno. Mucho menos, dirá usted eso ante el Juicio, ante el Trono de Jesucristo, quien te dirá lo que el Apóstol ya te ha dicho, «Ningún fornicario, o inmundo (quien comete inmoralidades sexuales, o hace cosas impuras) puede tener parte en el reino de Cristo y de Dios » (Efesios 5, 5). El hombre que ha vivido como un animal, no merece sentarse con los ángeles.

---

[3] San Cipriano de Cartago, c. 210 – 14 de septiembre de 258.
Fue un obispo y mártir del siglo III. Nació en Cartago en una familia pagana rica y fue profesor de retórica. Se convirtió al cristianismo hacia el 246, vendió sus bienes y fue elegido obispo de Cartago en el 249.
Gobernó la Iglesia durante la persecución de Decio y la peste del 252. Defendió la unidad de la Iglesia en su obra De la Unidad de la Iglesia Católica y escribió sobre la oración, la limosna y la penitencia.
Murió decapitado en Cartago durante la persecución de Valeriano. La Iglesia lo celebra el 16 de septiembre.

[4] San Gregorio Magno, c. 540 – 12 de marzo de 604.
Fue Papa, monje y Doctor de la Iglesia. Nació en Roma en una familia senatorial. Antes de ser sacerdote fue prefecto de Roma. Renunció al cargo para fundar un monasterio benedictino y vivir como monje.
Fue enviado como legado pontificio a Constantinopla y luego elegido Papa en el 590. Reformó la administración de la Iglesia, organizó la ayuda a los pobres y defendió a Italia de los lombardos.
Impulsó la misión evangelizadora en Inglaterra con San Agustín de Canterbury. Unificó y ordenó el canto litúrgico, de ahí el "canto gregoriano". Escribió Regla Pastoral, Diálogos y numerosas homilías y cartas.
Murió en Roma. Se le llama "Magno" por su gobierno y doctrina. La Iglesia lo celebra el 3 de septiembre y es patrono de los maestros y cantores.

[5] San Agustín de Hipona, 13 de noviembre de 354 – 28 de agosto de 430.
Fue obispo, teólogo y Doctor de la Iglesia. Nació en Tagaste, África del Norte. De joven llevó una vida disoluta y estudió retórica. Pasó por el maniqueísmo y el escepticismo antes de convertirse al cristianismo en Milán en el 386, influido por San Ambrosio.
Fue bautizado en el 387. Regresó a África y en el 395 fue ordenado obispo de Hipona.
Combatió las herejías pelagiana y donatista. Escribió obras fundamentales: Confesiones, La Ciudad de Dios y De la Trinidad. Fundó la teología de la gracia y marcó toda la doctrina occidental.
Murió en Hipona durante el sitio de los vándalos. La Iglesia lo celebra el 28 de agosto y es patrono de los teólogos.

Mis queridos Hermanos, vamos a seguir orando para que Dios nos libre de este vicio, y si no lo hacemos, perderemos nuestras almas. El pecado de impureza trae consigo la ceguera y la obstinación. Todos los vicios producen el oscurecimiento del entendimiento, pero en la impureza se produce en mayor grado que el resto de los pecados. «La Fornicación, el vino y la embriaguez, quitan el entendimiento» (Oseas 4, 11). El Vino nos priva del entendimiento y la razón; lo mismo ocurre con la impureza. Por lo tanto, Santo Tomás dice que el hombre que se entrega a los placeres impuros, no vive de acuerdo a la razón. «In nullo procedit secundum judicium rationis» (Suma Teológica I-II, q.77, a.2, ad 2).

¿Ahora, si los incastos se ven privados de luz, y ya no ven el mal que ellos hacen, cómo pueden ellos aborrecerlo, para enmendar sus vidas? El profeta Oseas dice que ese que es cegado por su propio lodo, ni siquiera piensa en volver a Dios, porque sus impurezas le arrebatan todo conocimiento de Dios. «No pondrán sus pensamientos volverse a su Dios, porque espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocen al Señor» (Oseas 5, 4). Por lo tanto, San Lorenzo Justiniano[6] escribe, que este pecado hace que los hombres se olviden de Dios. «Los placeres de la carne inducen al olvido de Dios» (De Ligno Vitae, cap. 19). Y San Juan Damasceno[7] enseña, que «el hombre carnal no puede mirar a la luz de la verdad» (Exposición de la Fe Ortodoxa, Libro 2, cap. 30). Así, el lascivo y voluptuoso ya no entienden lo que significa la gracia de Dios, el juicio, el infierno y la eternidad. «El fuego ha caído sobre ellos, y no verán el sol» (Salmo 57, 9/Salmo 58, 8).
Algunos de estos malhechores ciegos van tan lejos como para decir, que la fornicación no es en sí misma pecaminosa. Dicen, que no estaba prohibido en la ley antigua, y en apoyo a esta doctrina execrable, aducen las palabras del Señor a Oseas: «Ve, toma para ti una mujer de las fornicaciones, y ten hijos con ella; así ellos serán hijos de (una mujer) de fornicación (de una prostituta)» (Oseas 1:2). En respuesta digo que Dios no permitió que Oseas fornicara, sino que tomara por esposa a una mujer que había sido culpable de fornicación, y los hijos de este matrimonio fueron llamados hijos de la fornicación, porque la madre había sido

---

[6] San Lorenzo Justiniano, 1 de julio de 1381 – 8 de enero de 1456.
Fue religioso, místico y primer Patriarca de Venecia. Nació en una familia noble de Venecia. A los 19 años renunció a una carrera política y al matrimonio para ingresar como canónigo regular en la congregación de San Jorge in Alga.
Fue prior, luego superior general de su orden. Reformó la vida comunitaria promoviendo la pobreza, la oración y el estudio. Escribió obras ascéticas como El Árbol de la Vida y Los Grados de la Perfección.
En 1451 el Papa Nicolás V lo nombró primer Patriarca de Venecia. Gobernó la diócesis con sencillez y atención a los pobres, viviendo él mismo en gran austeridad.
Murió en Venecia. La Iglesia lo celebra el 5 de enero. Es patrono de la ciudad de Venecia.

[7] San Juan Damasceno, c. 675 – 4 de diciembre de 749.
Fue monje, teólogo y Doctor de la Iglesia. Nació en Damasco, en una familia cristiana que servía en la administración del califato omeya. Ocupó un cargo importante en la corte antes de retirarse como monje al monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén.
Defendió el culto a las imágenes durante la crisis iconoclasta con sus tres Discursos contra los que calumnian las sagradas imágenes.
Escribió la obra fundamental Fuente del Conocimiento, que incluye la Exposición de la Fe Ortodoxa. Sistematizó la teología griega y unió tradición patrística con filosofía. También compuso himnos litúrgicos.
Murió en el monasterio de San Sabas. La Iglesia lo celebra el 4 de diciembre y es patrono de los teólogos y de la farmacia.

culpable de ese delito. Esto es, según San Jerónimo, el significado de las palabras del Señor a Oseas. «Idcirco, dice el Santo Doctor, fornicationis appellandi sunt filii, quod sunt de meretrice generati» (Cf. San Jerónimo, Comentario sobre Oseas, Libro 1, cap. 1, vers. 2-3). Pero la fornicación ha sido prohibida siempre, bajo pena de pecado mortal, en el Antiguo Testamento, así como en la Nueva Ley.

San Pablo dice: «ningún fornicario, o inmundo tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios...» (Efesios 5, 5). ¡He aquí la impiedad a la cual la ceguera de tales pecadores los lleva! De esta ceguera surge que, a pesar de que vayan a los sacramentos, sus confesiones son nulas por falta de verdadera contrición; porque ¿cómo es posible que tengan verdadero dolor, cuando no reconocen ni aborrecen sus pecados?

El vicio de la impureza lleva consigo también la obstinación.
Para vencer las tentaciones, especialmente contra la castidad, la oración continua es necesaria. «Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (Marcos 14:38). ¿Pero cómo los impúdicos, que siempre están tratando de caer en la tentación, rogarán a Dios librarlos de la tentación? Pues como San Agustín confesó de sí mismo, incluso se abstienen de la oración, por el temor de ser escuchados y curados de la enfermedad, que desean continuar. «Tuve miedo, dijo el Santo, que pronto escucharía y curaría el pecado de la concupiscencia, que deseaba ser saciado, en lugar de extinguirse» (San Agustín, Confesiones, Libro 8, cap. 7, n. 17).

San Pedro llama a este vicio, un pecado incesante. «Tienen los ojos llenos de adulterio y nunca cesan de pecar» (2 Pedro 2, 14). La Impureza se llama el pecado sin cesar a causa de la obstinación que lo induce. Algunas personas adictas a este vicio, dicen: «Yo siempre confieso el pecado». Tanto peor, porque, ya que siempre reincide en el pecado, estas confesiones sirven para hacerlo perseverar en el pecado. El temor al castigo es disminuido diciendo: «Yo siempre confieso el pecado». Si considera que este pecado sin duda merece el infierno, seguramente no diría: «yo no voy a renunciar a él, no me importa si estoy condenado». Pero el Diablo le engaña. Dice: «comete este pecado, para que después lo confieses».
Sin embargo, para hacer una buena confesión de sus pecados, debe tener verdadera contrición del corazón, y el firme propósito de no pecar más.

¿Dónde están esa contrición y este firme propósito de enmienda, cuando siempre se vuelve al vómito? Si hubiera tenido estas disposiciones, y hubiera recibido la gracia santificante en sus confesiones, no debería tener una recaída, o por lo menos debió abstenerse de recaer durante un tiempo considerable. Usted siempre ha vuelto a caer en el pecado en ocho o diez días, y quizás en menos tiempo, después de la confesión. ¿Qué signo es esto? Es una señal de que estaban siempre en enemistad con Dios. Si un hombre enfermo vomita inmediatamente el medicamento que toma, es una señal de que su enfermedad es incurable.

San Jerónimo dice, que el vicio de la impureza, cuando es habitual, cesará cuando echan al infeliz empedernido que complace en él, en el fuego del infierno «¡Oh, fuego infernal, la

lujuria, cuyo combustible es la gula, cuyas chispas son breves conversaciones, cuyo fin es el infierno» (Carta 22 a Eustoquio, n. 9). El libidinoso viene a ser como el buitre que espera a ser asesinado por el cazador, en vez de abandonar la podredumbre de los cadáveres en los que se alimenta.

Esto es lo que sucedió a una mujer joven, quien, después de haber vivido en el hábito del pecado con un joven, cayó enferma, y que parecía estar convertida. A la hora de la muerte, ella pidió permiso de su confesor para enviar buscar al joven, con el fin de exhortarlo a cambiar su vida en vista de su muerte. El confesor muy imprudentemente dio el permiso, y le enseñó lo que debía decirle a su cómplice en el pecado. Pero escuchen lo que pasó.

Tan pronto como lo vio, se olvidó de su promesa hecha al confesor y la exhortación que iba a dar al joven. ¿Y qué hizo? Ella se enderezó, se sentó en la cama, estiró los brazos hacia él, y le dijo: Amigo, yo siempre te he amado, y hasta ahora, al final de mi vida, te amo, veo que por tu culpa iré al infierno, pero no me importa, yo estoy dispuesta, por el amor tuyo a ser condenada. Después de estas palabras, cayó de espaldas sobre la cama y expiró. Estos hechos están relacionados por el Padre Segneri[8] (P. Pablo Segneri S.J., Il Confessore istruito, Tratado II: Della Penitenza, Cap. 3, Venecia, 1683). ¡Oh, lo difícil que es para una persona que ha contraído el hábito de este vicio, enmendar su vida y volver con sinceridad a Dios! lo difícil que es para esta persona que no pongan fin a este hábito que le lleva al infierno, como la mujer joven desafortunada de quien acabo de hablar.

[8] Padre Paolo Segneri, 21 de marzo de 1624 – 9 de diciembre de 1694.
Fue un sacerdote jesuita, predicador y escritor espiritual italiano. Nació en Nettuno, cerca de Roma. Ingresó a la Compañía de Jesús a los 16 años y se destacó como maestro de retórica y teología.
Fue predicador apostólico durante más de 40 años en Italia. Recorrió ciudades y pueblos con un estilo directo y popular para llamar a la conversión. Sus misiones tuvieron gran impacto por su claridad y fuerza moral.
Escribió obras muy difundidas: El Cristiano instruido, El Confesor instruido y La Concordia entre la Fe y la Razón. Su lenguaje sobrio influyó mucho en la predicación y en la espiritualidad católica del Barroco.
Murió en Roma. Aunque no ha sido canonizado, se le da el título de "Padre" por su fama de santidad y doctrina.

Punto segundo

La ilusión de los que dicen que Dios se apiada de este pecado

---

Los devotos de la lujuria dicen que Dios se apiada de este pecado, pero ese no es el lenguaje de Santo Tomás de Villanueva[9]. El dice que en las Sagradas Escrituras no leemos de ningún otro pecado tan severamente castigado como el pecado de la impureza. «Luxuriae facinus prae aliis punitum legimus» (Sermón 4). Encontramos en la Escritura, que por el castigo de este pecado, un diluvio de fuego descendió del cielo en cuatro ciudades, y en un instante, no sólo destruyó los habitantes, sino incluso las mismas piedras. «Entonces el Señor hizo que cayera del cielo una lluvia de fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra. Así destruyó a esas ciudades y a todos sus habitantes, junto con toda la llanura y la vegetación del suelo» (Génesis 19, 24-25). San Pedro Damián[10] cuenta que un hombre y una mujer que habían pecado contra la pureza, fueron encontrados quemados y negros como un carbón (Cf. San Pedro Damián, Liber Gomorrhianus, Cap. 16).

Salviano[11] escribe (Cf. De Gubernatione Dei, Libro 4, Cap. 4) que fue por el pecado de

---

[9] Santo Tomás de Villanueva, c. 1486 – 8 de septiembre de 1555.
Fue religioso agustino, arzobispo y limosnero. Nació en Fuenllana, España. Estudió teología en la Universidad de Alcalá y fue profesor allí. Ingresó a la Orden de San Agustín en el 1516 y fue ordenado sacerdote.
Fue prior en Salamanca y Valladolid, y prior general de los agustinos en España. En 1544 fue nombrado arzobispo de Valencia.
Reformó el clero, fundó colegios y hospitales, y repartió casi todos sus ingresos entre los pobres. Por eso se le llamó "el Padre de los Pobres". Su predicación era sencilla y directa.
Murió en Valencia. La Iglesia lo celebra el 22 de septiembre. Es patrono de los estudiantes y de las obras de caridad.

[10] San Pedro Damián, c. 1007 – 22 de febrero de 1072.
Fue monje, cardenal, reformador y Doctor de la Iglesia. Nació en Ravena, Italia, en una familia pobre y quedó huérfano. Fue educado por uno de sus hermanos y estudió en Faenza, Parma y Ravena.
A los 28 años ingresó al monasterio de Fonte Avellana como ermitaño. Fue elegido prior y reformó la vida eremítica, combinando oración, penitencia y estudio.
El Papa Esteban IX lo nombró cardenal-obispo de Ostia en 1057. Colaboró con los Papas en la reforma de la Iglesia: combatió la simonía y el concubinato del clero, y defendió la disciplina. Escribió tratados como Liber Gomorrhianus y muchas cartas.
Murió en Faenza. La Iglesia lo celebra el 21 de febrero. Se le reconoce por su austeridad y por impulsar la reforma gregoriana.

[11] Salviano de Marsella fue un presbítero y escritor cristiano del siglo V.

impureza que Dios envió el castigo a la Tierra con el diluvio universal, causado porque la lluvia continuó durante cuarenta días y cuarenta noches. En este diluvio, las aguas subieron quince codos por encima de las cimas de las montañas más altas; y sólo ocho personas, junto con Noé, se salvaron en el arca. El resto de los habitantes de la Tierra, que eran más numerosos entonces que en la actualidad, fueron castigados con la muerte como castigo de los vicios de la impureza. Note las palabras del Señor al hablar de este castigo que infligió a ese pecado. «Mi Espíritu no permanecerá en el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne» (Génesis 6:3). «Eso es, dice Liranus[12], demasiado profundamente involucrado en los pecados carnales» (Nicolás de Lira, Postillae perpetuae in Vetus et Novum Testamentum, In Genesim, Cap. 6, v. 3). El Señor añadió: «Porque me arrepiento de haberlo hecho» (Génesis 6, 7).

La indignación de Dios no es como la nuestra, que nubla la mente, y nos conduce a excesos; su ira es un juicio perfectamente justo y tranquilo, por el cual Dios castiga y repara los desórdenes del pecado. Sin embargo, para hacernos comprender la intensidad de su odio por el pecado de la impureza, Él se representa a sí mismo como apesadumbrado por haber creado al hombre, que tan gravemente lo ofendió por este vicio. Nosotros vemos hoy en día un castigo temporal más severo infligido en esto, que en cualquier otro pecado. Ve a los hospitales, y escucha los gritos de tantos jóvenes, que, en castigo de sus impurezas, están obligados a someterse a los más severos tratamientos y a las operaciones más dolorosas, y que, si se escapan de la muerte, están según la amenaza divina, débiles y sujetos a los dolores más insoportables para el resto de sus vidas. «Por eso yo, el Señor, digo: Puesto que te has olvidado de mí y me has vuelto la espalda, tendrás que sufrir el castigo de tu libertinaje y de tus fornicaciones» (Ezequiel 23,35).

Nació hacia el año 400 en la Galia, probablemente en Tréveris. Era de familia noble y recibió buena educación.
Se casó, pero junto con su esposa decidieron vivir en castidad y retirarse a la vida monástica.
Ingresó al famoso monasterio de Lérins y después se estableció en Marsella, donde fue ordenado presbítero. Por eso se le conoce como «Salviano el Presbítero».
Vivió en tiempos muy duros: invasiones de godos, vándalos y hunos. Viendo la corrupción moral tanto en los paganos como en los cristianos, escribió para explicar por qué Dios permitía tantos castigos.
Murió hacia el 480. Por su estilo duro al denunciar los pecados le llamaron «el Jeremías de su siglo».
Sus 2 obras más importantes son De Gubernatione Dei y Adversus Avaritiam.

[12] Nicolás de Lira OFM fue un fraile franciscano y el comentarista bíblico más famoso de la Edad Media.
Nació hacia 1270 en Lyre, Normandía, Francia. Por eso se le llama "de Lira".
Ingresó a la Orden de los Frailes Menores. Fue un gran estudioso. Enseñó en París y llegó a ser provincial de su orden.
Murió en 1349 en París.
Su obra principal fue Postillae perpetuae in Vetus et Novum Testamentum, Comentarios perpetuos al Antiguo y Nuevo Testamento. Comentó toda la Biblia versículo por versículo.
Su obra se volvió el manual bíblico de referencia por 300 años. Lo usaban tanto católicos como protestantes.
Lutero dijo: «Si Lira no lo hubiera dicho, yo no lo habría dicho» (Erasmo de Róterdam, Epistolae, Ep. 1229, a Juan Ecolampadio, 1524).
En su obra unía la interpretación literal con el sentido espiritual. Sabía hebreo y usó comentarios judíos como Rashi, por eso su exégesis era muy valorada.
Por su claridad y profundidad lo llamaron "Doctor Planus et Utilis", "Doctor Claro y Útil".

San Remigio[13], escribe, que exceptuando a niños, el número de adultos que se salvan, son unos pocos, a causa de los pecados de la carne. «Exceptis parvulis ex adultis propter vitiam carnis pauci salvantur» (Homilia de Festo Epiphaniae, PL 131, 1089C). Conforme con esta doctrina, que fue revelado a un alma santa, así como el orgullo ha llenado el infierno con los demonios, así la impureza lo llena de los hombres.

San Isidoro[14] da esta razón. Él dice que no hay vicio que tanto esclaviza a los hombres al Diablo como la impureza. «Magis per luxuriam, humanum genus subditur diabolo, quam per aliquod aliud» (Sententiarum Libri Tres, III, 5, 5; PL 83, 689A).
Por lo tanto, dice san Agustín, que con respecto a este pecado, la lucha es común, y rara la victoria. Por lo tanto, es a causa de este pecado, que el infierno se llena de almas (Cf. De Bono Coniugali, 18, 22; PL 40, 387).

[13] San Remigio de Reims, c. 437 – 13 de enero de 533.
Fue obispo y «Apóstol de los Francos». Nació en Laon, Francia, en una familia noble. Fue elegido obispo de Reims con unos 22 años y gobernó la diócesis por más de 70 años.
Bautizó a Clodoveo I, rey de los francos, en Reims el día de Navidad del 496. Ese hecho marcó la conversión del reino franco al cristianismo católico y la alianza entre la Iglesia y la monarquía.
Reformó su diócesis, fundó iglesias y monasterios, y trabajó por la unidad de los cristianos en la Galia. Fue consejero de reyes y defendió la fe frente al arrianismo.
Murió en Reims a los 96 años. La Iglesia lo celebra el 1 de octubre. Es patrono de Francia y de Reims.

[14] San Isidoro de Sevilla, c. 560 – 4 de abril de 636.
Fue obispo, erudito y Doctor de la Iglesia. Nació en Cartagena y se formó en Sevilla junto a su hermano San Leandro. Fue arzobispo de Sevilla durante casi 40 años.
Gobernó la Iglesia visigoda en los concilios de Toledo y promovió la unidad religiosa y cultural de España. Fundó escuelas y defendió la formación del clero.
Su obra más importante es las Etimologías, una enciclopedia de 20 libros que recopiló todo el saber antiguo y medieval. También escribió Historia de los godos, De las Sentencias y Reglas monásticas.
Murió en Sevilla. La Iglesia lo celebra el 4 de abril. Es patrono de internet y de los estudiantes.

Punto Tercero

Cómo combatir este terrible mal

Todo lo que he dicho sobre este tema, se ha dicho, no para que algunos de los presentes, que han sido adictos al vicio de la impureza, puedan ser llevados a la desesperación, sino para que esas personas puedan ser curadas.
Vamos a continuación, a concluir con los remedios. Hay dos grandes remedios: la oración y la huida de las ocasiones peligrosas. La oración, dice san Gregorio de Nisa[15], es la salvaguarda de la castidad. «Oratio pudicitiae praesidium et tutamen est» (De Virginitate, 12; PG 46, 353B). Y antes de él, Salomón, hablando de sí mismo, dijo lo mismo: «...Y como sabía que no podría de otra manera ser continente, a menos que Dios me lo diera, me fui al Señor, y le supliqué» (Sabiduría 8, 2). Por lo tanto, es imposible para nosotros vencer a este vicio sin la ayuda de Dios. Por consiguiente, tan pronto como una tentación contra la castidad se presenta, el remedio es a su vez tornarse inmediatamente a Dios por ayuda, y repetir varias veces los nombres más sagrados de Jesús y María, que tienen una virtud especial para desterrar los malos pensamientos de ese tipo. He dicho inmediatamente, sin escuchar, o comenzar a discutir con la tentación.

Cuando se produce un mal pensamiento en la mente, es necesario librarse de inmediato, como si fuera una chispa que vuela lejos del fuego, y al instante invocar la ayuda de Jesús y María.

---

[15] San Gregorio de Nisa, c. 335 – c. 395.
Fue obispo, teólogo y Padre de la Iglesia. Nació en Capadocia, en una familia muy cristiana. Eran hermanos suyos San Basilio Magno y Santa Macrina.
Primero fue lector y maestro de retórica. Se casó, pero después de la muerte de su esposa se hizo monje. En 371 fue elegido obispo de Nisa.
Junto con su hermano Basilio y San Gregorio Nacianceno formó el grupo de los "Padres Capadocios". Defendió la divinidad del Espíritu Santo y del Hijo frente al arrianismo. Participó en el Concilio de Constantinopla del 381.
Escribió sobre mística, creación y vida cristiana: Vida de Moisés, La creación del hombre, De anima et resurrectione. Su teología subraya que el hombre está en camino continuo hacia Dios.
La Iglesia lo celebra el 9 de marzo.

En cuanto a la huida de las ocasiones peligrosas, San Felipe Neri[16] decía (Bacci, Vita S. Philippi Nerii, Lib. II, cap. 12): los que temen pecar, es decir, los que huyen de las ocasiones de pecar obtienen la victoria. Por lo tanto, deben, en primer lugar, mantener un sistema de retención en los ojos, y deben abstenerse de mirar a con malicia. De lo contrario, dice Santo Tomás, que apenas se puede evitar este pecado (Cf. Summa Theologiae II-II, q. 151, a. 4, ad 2). Por lo tanto, Job dijo: «Hice un pacto con mis ojos, que yo no quería ni aun mirar con lujuria a una doncella» (Job 31, 1). Job tenía miedo de mirar a una doncella porque de las miradas es fácil pasar a los deseos y los deseos a los actos. San Francisco de Sales[17] decía (Introducción a la Vida Devota, Parte III, cap. 13), por ejemplo, que mirar a una mujer una vez no hace tanto mal, como mirarla por segunda vez. Si el Diablo no ha obtenido una victoria de la primera vez, va a ganar por segunda vez. Y si es necesario abstenerse de mirar con malicia, es mucho más necesario evitar una conversación vana. «No te demores entre las mujeres» (Eclesiástico 42,12). Debemos estar persuadidos de que, para evitar las ocasiones de este pecado, no hay precaución que pueda ser demasiado grande. Por lo tanto, debemos estar siempre temerosos, y atentos de ellos. «El sabio teme al SEÑOR y se aparta del mal, pero el necio es arrogante y se pasa de confiado» (Proverbios 14, 16). Los sabios son precavidos y evitan el peligro; los necios, son insolentes y confiados en sí mismos, por eso es que caen.

---

[16] San Felipe Neri, 21 de julio de 1515 – 26 de mayo de 1595.
Fue sacerdote italiano, fundador del Oratorio y "Apóstol de Roma". Nació en Florencia. De joven fue a Roma para trabajar, pero dejó todo para dedicarse a Dios y a servir a los pobres.
En 1551 fue ordenado sacerdote. Reunía a jóvenes en las calles y en las catacumbas para rezar, cantar, conversar y hacer obras de caridad. Tenía fama de alegría, buen humor y cercanía. Nada de caras largas: decía que la santidad se llevaba mejor con una sonrisa.

Fundó la Congregación del Oratorio en 1575. Era un grupo de sacerdotes que vivían en comunidad sin votos, dedicados a la predicación, confesión y música. De ahí viene el género musical "oratorio".
Murió en Roma. La Iglesia lo celebra el 26 de mayo. Es patrono de Roma, de los educadores y del humor cristiano.

[17] San Francisco de Sales, 21 de agosto de 1567 – 28 de diciembre de 1622.
Fue obispo de Ginebra, teólogo y "el santo de la amabilidad". Nació en Saboya, Francia, en una familia noble.
Estudió derecho y teología. Aunque su papá quería que fuera abogado y se casara, él eligió ser sacerdote. Lo mandaron a evangelizar la región de Chablais, que se había vuelto protestante. Iba de casa en casa, con paciencia, sin pelear. Dice la tradición que tiró panfletos bajo las puertas porque nadie le abría.
En 1602 fue nombrado obispo de Ginebra. Su gran obra fue acompañar con dulzura. Decía que "se atrapan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre".
Escribió 2 libros clave:
1. Introducción a la vida devota, para la gente común, no solo para los monjes. Les enseñaba a ser santos en el trabajo, en la familia, en lo cotidiano.
2. Tratado del Amor de Dios, sobre la mística y la confianza.
Fundó junto con Santa Juana de Chantal la Orden de la Visitación.
Murió en Lyon. La Iglesia lo celebra el 24 de enero. Es Doctor de la Iglesia y es patrono de los periodistas y escritores, porque tenía un don para explicar la fe de forma clara y cercana.